

Iniciativa por la democracia en Cuba

El día 7 de septiembre un grupo de destacadas personalidades colombianas elevó una respetuosa solicitud al presidente de la República, César Gaviria, en pro de una mayor presión diplomática tendiente a la democratización del régimen político de la isla.

Doctor
CESAR GAVIRIA TRUJILLO
Presidente de la República
Ciudad

Señor Presidente:

Los firmantes, colombianos de la más diversa actividad profesional y procedencia política, pero con la misma devoción por la libertad y la misma fe en los principios democráticos, nos dirigimos a usted muy respetuosamente para expresarle algunas inquietudes relacionadas con la situación de Cuba y con la posición del gobierno colombiano frente al régimen de Fidel Castro.

Es declarada aspiración suya, señor presidente, así como de los restantes mandatarios demócratas de España y América latina, reunidos en Guadalajara y luego en Madrid, que todos los pueblos del continente, sin excepción alguna, puedan elegir libremente sus gobernantes, que no haya en ningún país de la región exiliados y presos políticos, ni atropellos a los Derechos Humanos.

Por el perfil ideológico que se dio desde hace más de treinta años, resulta evidente que el gobierno de Castro no acepta estos principios y valores democráticos. Insiste, en efecto, en el partido único, con lo cual cierra la puerta al pluralismo político

interno, base esencial de la democracia; no ha reconocido nunca la división y autonomía de las tres ramas del poder público, y no ha permitido que el pueblo cubano, a través del voto popular y secreto, se dé el gobierno que quiera.

Después de lo ocurrido en la antigua Unión Soviética y en los países del Este, estamos persuadidos de que también usted, señor presidente, es consciente del flagrante anacronismo del régimen castrista. Las mismas causas producen los mismos efectos, y si en la Unión Soviética se derrumbó el comunismo y si el comunismo sufrió también un colapso mortal hasta en la pequeña república de Albania, en otro tiempo testarudo baluarte de la más absoluta ortodoxia del sistema, ello se debe esencialmente al fracaso intrínseco de su modelo económico y a la penuria y opresión que generó en los pueblos sobre los cuales se impuso.

Ese intrínseco fracaso, con los mismos síntomas, se advierte también en Cuba, donde todo el tejido económico y social del país ha quedado destruido por la visceral incompetencia del sistema comunista. No puede ser de otra manera cuando todas las iniciativas individuales que concurren al incremento de la producción en una economía de mercado, son confiscadas y sustituidas por el

poder central. Si el régimen cubano se ha mantenido hasta ahora no es ciertamente por sus bondades o por algún factor carismático de quien lo ha presidido de manera absoluta durante treinta y tres años, sino gracias a un estado policial y a una de las represiones más duras y mejor organizadas que a lo largo de su historia haya conocido un país del continente y tal vez del mundo.

No hay, señor presidente, proyecto político que pueda justificar la existencia de dos millones de exiliados en una nación de diez millones de habitantes: desde el punto de vista humano es un hecatombe, pues no hay una sola familia cubana, ni siquiera la del propio dictador, que no esté desgarrada por esta dramática situación. No hay proyecto que pueda justificar millares de presos políticos; la imposibilidad de abandonar un país; el fusilamiento de altas personalidades del régimen tras de juicios que recuerdan los procesos de Moscú y de Praga; escritores o poetas encarcelados por el solo delito de solicitar un diálogo que permita entronizar la democracia.

Pero si, además, el proyecto que se insiste en proseguir a semejante costo en un país de nuestro continente es el mismo que estrepitosamente se derrumbó en el mundo, inclusive en el país que le dio origen, entonces nos hallamos ante un contrasentido histórico que tiene visos de delirio o locura. La consigna de Castro "marxismo-leninismo o muerte" es una alternativa que no se le puede plantear a ningún pueblo, pues tratándose de una ideología que dejó de ser viable sólo quedaría para esa nación la opción de la muerte.

Es urgente buscar una salida a la situación que hoy vive el pueblo cu-

bano. Movido, sin duda, por esta inquietud, su gobierno, señor presidente, conjuntamente con los de Venezuela y México ha intentado dentro del campo de la acción diplomática propiciar una apertura democrática en Cuba. Compartimos el propósito, pero debemos expresar serias reservas a la estrategia con la cual los tres gobiernos mencionados han pretendido alcanzar dicho objetivo.

Su gobierno, señor presidente, de común acuerdo con el de Venezuela y México, ha creído que buscando a la vez un levantamiento del embargo comercial impuesto por los Estados Unidos a Cuba y un progresivo restablecimiento de las relaciones comerciales y diplomáticas con la isla, se obtendría, como contraprestación, por lo menos el inicio de un proceso gradual de democratización interna del régimen de Castro.

Tenemos fundadas razones para temer que esta política no va a producir los resultados que persigue. Nada, hasta el momento, ha cambiado sustancialmente en Cuba. Castro no está dispuesto a abandonar el modelo ortodoxo del partido único, ni a liberar presos políticos, ni a respetar los derechos humanos en Cuba. Por el contrario, ha reforzado los mecanismos policiales en la isla y ha extendido la represión hasta los más altos círculos del poder.

Ante esta evidencia, las aperturas diplomáticas o comerciales hacia el régimen castrista, lejos de inducirlo a un proceso de democratización interna, sólo conseguirán prolongar artificialmente su permanencia en el poder a costa de las aspiraciones democráticas, no por sofocadas menos evidentes, del pueblo cubano. Ayudar a Castro no es ayudar a Cuba, sino

exactamente lo contrario. Nunca debe perderse de vista, señor presidente, que el socialismo cubano está en su fase terminal y que, temprano o tarde, ese pueblo hoy amordazado, dueño al fin de su libertad y de su destino, dirá quiénes estuvieron realmente de su lado y quiénes, aun creyendo ayudarlo, prestaron un servicio al tirano. Quisiéramos que en este inevitable juicio histórico Colombia saliera bien librada.

Finalmente, señor presidente, nos parece oportuno recordar a usted la existencia de una Plataforma Democrática Cubana, que representa todas las corrientes ideológicas de la disidencia y del exilio, cuyo propósito esencial es lograr una transición pacífica y no sangrienta del totalitarismo a la democracia en Cuba. Para ello se busca crear las condiciones que permitan objetivos a corto o mediano plazo tales como: a) una amnistía general para los presos políticos; b) elecciones que permitan a los cubanos, dentro de la isla y en el exilio, expresar su real voluntad política a través del voto libre y secreto bajo la supervisión de observadores nacionales y extranjeros; c) el respeto a la Declaración de los Derechos del Hombre; d) la restitución a la clase obrera del pleno ejercicio de sus derechos sindicales.

Creemos, señor presidente, que esta sería la mejor fórmula para el restablecimiento sin traumas de la democracia en Cuba y pensamos que los gobiernos democráticos del continente, y el suyo en primer término, deberían incrementar acciones diplomáticas tendientes a promoverla.

Cualquier otra política basada en la ilusa presunción de un proceso de democratización interna promovido por el propio Fidel Castro, sólo podría conducir a dar momentáneo oxígeno a un régimen agónico dejando abierto así el riesgo de que, por desesperación popular, se produzca un baño de sangre dentro de la isla. Estamos obligados, como país democrático, a evitar en lo posible este doble peligro. Tal es la inquietud que nos mueve a dirigirle este mensaje.

Del señor presidente, atentamente,

Germán Arciniegas, Hernando Santos Castillo, Hernán Echavarría Olózaga, Enrique Santos Castillo, Rodrigo Lloreda Caicedo, Roberto García Peña, Carlos Lemos Simmonds, Abelardo Forero Benavides, Bertha Hernández de Ospina, Enrique Gómez Hurtado, José Manuel Arias Carrizosa, Carlos Lleras de la Fuente, Rodrigo Marín Bernal, Miguel Santamaría Dávila, Fernando Botero Zea, Plinio Apuleyo Mendoza, Carlos Delgado Pereira, Fernando Londoño Hoyos, Enrique Santos Calderón, Rafael Santos Calderón, Alberto Santofimio Botero, Gabriel Melo Guevara, Juan Diego Jaramillo, Jorge Ospina Sardi, Joaquín Vallejo Arbeláez, Raimundo Emiliani Román, Carlos Albán Holguín, Fabio Valencia Cossío, Jaime Arias Ramírez, Juan Carlos Esguerra, Gustavo Vasco Muñoz, Ramiro Andrade Terán, Gloria Zea, Mariano Ospina Hernández, Tito Livio Caldas, Javier Fernández Rivas, Eduardo Robayo Ferro, Carlos Muñoz, Rafael Nieto Navia, Armando Echeverry Jiménez, Harold Zängel (siguen firmas...).